



IX Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2007

CATEGORÍA JUVENIL:

Primer y Segundo Premio (Compartidos)

Relato premiado: *“El tesoro del Moncayo”*.
Autor /a : Sandra Alquezar Bravo. Zaragoza.

EL TESORO DEL MONCAYO

Hace muchos, muchos años, en la comarca del Moncayo, vivía un rey muy rico y poderoso, pero muy avaro. Todos los tesoros que tenía los guardaba en una sala a la que sólo él tenía acceso y no los compartía ni siquiera con su mujer y sus dos hijas. Su mayor tesoro era un precioso cetro de oro, que además de valioso era mágico.

Un día llegó al reino un mercado ambulante y todos los ciudadanos fueron a comprar las baratijas que en él se ofrecían. El propio rey, acompañado de su guardia real, se había acercado hasta allí a echar un vistazo. En uno de los puestos, un vendedor exponía extraños objetos que, según decía, tenían poderes mágicos. El rey, intrigado, se acercó a curiosear.

-¿Desea algo su majestad? –preguntó el vendedor.

-¿Qué se me ofrece? –dijo el rey.

-Para vos tengo algo especial –respondió el vendedor. –Es un objeto maravilloso. Me lo vendieron en un reino muy lejano y se dice que tiene unos poderes excepcionales.

El vendedor rebuscó entre un montón de objetos y sacó el brillante cetro.

-Con este cetro, haréis que todos obedezcan vuestras órdenes sin dudarlos y nadie cuestionará vuestro poder.

-Si eso es cierto este cetro es lo más valioso del mundo. Me lo quedo.

Así pues, el rey consiguió el cetro con el que gobernó durante largos años sin que hubiera problema alguno. Pero se corrió la voz entre los demás reinos del fantástico poder del cetro y muchos reyes quisieron arrebatárselo.

Un buen día, dos enemigos del reino se infiltraron en el palacio del rey y consiguieron entrar en su sala del tesoro. El rey guardaba allí su cetro, que sólo usaba cuando tenía que dar órdenes, y los dos ladrones se lo robaron. A partir de entonces el rey perdió su poder y acabó perdiendo también su reino. El rey fue asesinado y su esposa y sus dos hijas vivieron el resto de sus días como simples campesinas. Nadie volvió a usar jamás el cetro y no se supo nada más de él.

Casi ciento cincuenta años después, vivía en el mismo reino una hermosa campesina que rondaría los dieciocho años. Tenía los cabellos de oro y los ojos azules como el mar. Sus labios eran rojos como el carmín y su piel tostada y suave. Su gran belleza provocaba que tuviera decenas de pretendientes, pero ella no los correspondía.

-Sólo me casaré cuando esté enamorada –replicaba la muchacha.

Pero un día, mientras ella cultivaba el huerto, llegó su padre, acompañado de un apuesto joven vestido con majestuosas ropas.

-Hola, padre –saludó la joven, sonriendo. -¿Quién es tu acompañante?

-Es el hijo del rey, hija mía, el príncipe –respondió el padre.

-Es un placer conocerlos –dijo ella, haciendo una graciosa reverencia. –
¿Puedo preguntaros qué os trae por aquí?

-He venido a veros, mi bella dama – dijo el joven. –Y me gustaría que me revelarais vuestro nombre.

-Me llamo Ariadna ¿y vos?

-Yo soy Héctor y vengo a pedir os vuestra mano.

La joven sonrió y meneó la cabeza.

-Muchas veces me lo han pedido y otras tantas me he negado, al igual que ahora.

-Ariadna –la cortó el padre. –La decisión no será tuya esta vez. No volverá a presentarse la oportunidad de que te cases con un príncipe, así que aceptarás.

-¡No! –exclamó Ariadna. – ¡Sabes muy bien que yo sólo me casaré por amor!

-No hay más que hablar –replicó el padre. –Acatarás mis órdenes.

Ariadna, con los ojos llenos de lágrimas, echó a correr hasta su pequeña casa. Cogió sus pocos vestidos y algo de comida y lo metió todo en un zurrón. Luego salió corriendo de allí, mientras escuchaba los gritos de Héctor y los de su padre, que la llamaban. Ariadna sabía que los dos hombres corrían más que ella y que acabarían alcanzándola, así que corrió hasta una vieja cabaña abandonada y entró en ella, con la esperanza de que no se metieran allí a buscarla. Agazapada bajo una sucia mesa, escuchó las voces de los dos hombres.

-Esto es indignante –gruñó Héctor. –Comprenderás que yo no puedo tolerar esto, soy el futuro rey de la comarca del Moncayo.

-No os preocupéis, mi señor. Seguramente Ariadna regrese pronto –replicó el padre.

-¿Me tomas por estúpido? Sé muy bien que esa niñata insolente ha huído, pero no irá muy lejos. Enviaré a mis soldados a buscarla y cuando aparezca se casará conmigo, tanto si quiere como si no –sentenció Héctor.

Ariadna escuchó los pasos de Héctor que se alejaban, y segundos más tarde oyó también marcharse a su padre. La joven se levantó e inspeccionó el lugar en el que estaba. Apenas había muebles y todo estaba lleno de polvo. Al fondo había un pequeño marco donde antes iba colocada una puerta. Ariadna caminó hacia allí y atravesó el umbral. Se encontraba en lo que parecía el cementerio privado de aquel caserón. Había unas diez tumbas, todas muy antiguas. Ariadna se acercó a ellas e intentó leer los nombres de los fallecidos: Ricardo De la Rosa, Cayetana de la Rosa, Iñigo de la Rosa, Alejandra De la Rosa...

-Pero... De la Rosa... es mi apellido –dijo Ariadna. -¿Serán estos mis parientes?

-¿En serio te apellidas De la Rosa? –preguntó de pronto una voz detrás de Ariadna.

La joven dio un salto y se giró bruscamente. Frente a ella había un muchacho que la miraba admirado. Rondaría los diecinueve años. Su pelo era castaño y estaba muy revuelto y sus ojos eran asombrosamente verdes. De cintura para arriba estaba desnudo y en las piernas vestía unos harapos que funcionaban como pantalones. Iba descalzo y llevaba colgado del cuello un colgante con forma de media moneda que a Ariadna le resultó muy familiar.

-¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Y ¿por qué llevas el mismo colgante que yo? –interrogó la muchacha.

-Tantas preguntas a la vez no, por favor –respondió el chico. –Me llamo Diego y vivo aquí.

-¿En este viejo caserón? –preguntó Ariadna, incrédula. –Debes de ser muy pobre.

-No te imaginas cuanto. Bueno, en cuanto a mi colgante, –Diego señaló el objeto que colgaba de su cuello, –es una joya familiar.

-Si es una joya familiar, ¿cómo es que yo la tengo igual? Que yo sepa no somos parientes.

-Ven conmigo, creo que tengo que contarte algo.

Diego se adentró en la casa y Ariadna, tras dudar unos instantes, fue tras él. Se encontraba de nuevo en aquella habitación con escasos muebles y abundante suciedad.

Diego se sentó en el suelo y sacó de su bolsillo un pedazo de pan.

-Siéntate a mi lado –le dijo a Ariadna. –Si quieres come un poco de pan.

-No, gracias, no tengo hambre –respondió la joven mientras se sentaba. – ¿Puedo saber qué es eso que quieres contarme?

-Bueno, empezaré desde el principio. Como ya sabrás, hace muchos años este reino estaba gobernado por un rey muy avaro que poseía un valioso cetro con el que hacía que todas las personas le obedecieran. Cuando ese cetro fue robado y el rey murió, nadie supo nada más del valioso tesoro, excepto tres únicas personas. La esposa y las dos hijas del rey, condenadas a la pobreza para el resto de su vida y deseosas de que nadie volviera a usar aquel poderoso cetro para hacer el mal jamás, lo escondieron en un apartado lugar en el Moncayo. Dicen que lo guardaron en un cofre, que sólo podía abrirse introduciendo un medallón en la cerradura. Aquel medallón fue dividido en dos partes y cada una de las hijas recibió una de ellas. Así, los dos

fragmentos fueron pasando de generación en generación hasta llegar hasta nosotros. Y, ¿adivinas cual era el apellido de aquella dinastía? Si estás pensando De la Rosa, has acertado.

-Entonces, ¿somos descendientes de la antigua realeza? –preguntó Ariadna, asombrada.

-Al parecer, tú sí, pero yo no. Ni mi apellido es De la Rosa ni este medallón es mío. Lo encontré hace varios meses aquí, en este caserón. Supuse que alguien lo habría perdido y me lo quedé. Más adelante, un anciano vagabundo me contó la historia que acabo de relatarte, pero añadió algo más. El anciano me contó que el príncipe Héctor había localizado el cofre en el que estaba guardado y ahora está removiendo cielo y tierra para encontrar la manera de abrirlo y hacerse con el cetro. Parece ser que un herrero ha encontrado la forma de fabricar un medallón igual al nuestro a partir de la cerradura del cofre y si eso ocurre y Héctor consigue el cetro, podría ser el fin de nuestro reino.

-¿Por qué me cuentas esto? ¿Qué puedo hacer yo? –preguntó Ariadna.

-¿Acaso no te das cuenta? Llevo mucho tiempo buscándote, buscando tu medallón. Si juntamos las dos mitades conseguiremos la llave que abre el cofre y podremos destruir el cetro para que nadie vuelva a usarlo nunca.

-Pero, ¿cómo vamos a hacer eso? Será imposible entrar en el palacio real, estará lleno de guardias.

-Escucha, esta noche hay una fiesta en palacio. Sólo tenemos que hacernos pasar por nobles y entraremos fácilmente.

-¿Y de dónde sacaremos la ropa, si puede saberse?

Diego se dirigió hacia un enorme baúl que había en la estancia y lo abrió. Dentro había unos viejos vestidos.

-Los encontré aquí cuando llegué. Seguramente serán de algún descendiente del antiguo rey, que los guardaba como una reliquia.

Diego y Ariadna se vistieron con la lujosa ropa. A pesar de que estaba un poco vieja y algo sucia, les hacía parecer unos auténticos nobles.

Aquella misma noche, los jóvenes fueron a palacio. Cuando llegaron a las puertas, el guardia les preguntó:

-¿Pueden decirme sus nombres, por favor?

-Por supuesto, soy el Duque de Barbenia, y ésta es mi esposa, la Duquesa –contestó Diego, resuelto.

-Lo lamento, señor, pero su nombre no figura en la lista –replicó el guardia.

-¿Cómo? –exclamó Diego, fingiéndose indignado. -¡Eso es imposible! La invitación llegó a mi palacio. ¡Esto es un ultraje! Ya verá cuando se enteré el príncipe Héctor.

-Bueno, quizás haya sido un error... -dijo el guardia, confuso. –Les dejaré pasar. Unas personalidades como ustedes no pueden faltar en la fiesta.

El guardia se apartó, y la pareja entró en palacio.

-Bien, ya estamos aquí. ¿Y ahora qué? –susurró Ariadna.

-Buscaremos la estancia donde se encuentra el cofre –propuso Diego.

-¿Sabes la cantidad de salas que hay en este palacio?

-Sí, pero aquella que guarde el cofre en su interior estará muy vigilada y rodeada de guardias.

-Está bien. ¿Por dónde empezamos?

-Bueno... vayamos por allí.

Diego se encaminó hacia la derecha y miró a un lado y a otro, buscando un grupo de guardias frente a alguna puerta. De pronto, Ariadna lo agarró del brazo y lo arrastró con ella tras una columna.

-¿Qué ocurre? –preguntó el muchacho, alarmado.

-Héctor está allí, y no puedo permitir que me vea. Me esta buscando para... casarse conmigo –respondió Ariadna con la respiración entrecortada.

-¿Cómo? ¿Casarse contigo? ¿Y tú que has respondido?

-¿Tú que crees? Le dije que no. Por eso me busca, para casarse conmigo por la fuerza, sin mi consentimiento.

-Mira, se dirige hacia allí –advirtió Diego. –Sigámosle.

Los jóvenes fueron tras Héctor, que iba acompañado de dos escoltas. Llegaron hasta las escaleras del final del pasillo y las subieron. A continuación, Héctor sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta que estaba más cercana a la escalera. Cruzó el umbral y volvió a cerrar la puerta. Diego y Ariadna fueron hasta la puerta y la abrieron con cuidado, dejando tan sólo una pequeña rendija abierta, para poder ver. Dentro, Héctor estaba hablando con un hombre robusto y corpulento. Por lo que decían, aquel hombre era el herrero que debía forjar la

llave para abrir el cofre. Y allí, a poca distancia de Héctor y el herrero, se hallaba el cofre, y dentro de éste... el cetro.

-Ariadna, ahora escóndete –susurró Diego.-Después, a mi señal, corre a por el cetro.

El muchacho se arrancó el colgante del cuello y se lo dio a Ariadna. A continuación abrió la puerta de par en par y entró a la habitación donde se encontraba Héctor. Mientras, Ariadna se escondió tras la puerta.

-¡Dame ese cofre, Héctor! –gritó Diego.

-Pero... ¿quién eres tú? ¿Cómo has entrado aquí? –inquirió el príncipe, contrariado.

-Te he dicho que me des el cofre –insistió Diego.

-¡Guardias, prendedlo! –exclamó Héctor.

Los guardias que acompañaban al príncipe saltaron sobre Diego. Toda la atención de los presentes en la sala estaba centrada en él...

-¡Ariadna, ahora! –gritó el joven, forcejeando con los guardias.

La muchacha corrió hacia el cofre y, con un rápido gesto, unió las dos mitades del medallón y las introdujo en la cerradura. Cuando el príncipe y los demás quisieron reaccionar ya era tarde, Ariadna tenía en sus manos el valioso cetro.

De pronto, los guardias soltaron a Diego y encadenaron a Héctor, que no opuso resistencia alguna. A continuación salieron de la sala, seguidos de Ariadna, que controlaba sus mentes con el cetro. Diego también corrió tras ellos. Todos bajaron las escaleras y se dirigieron al salón, donde se celebraba la fiesta. Al ver llegar a su príncipe encadenado por su propia guardia, los invitados se quedaron mudos de asombro. Rápidamente, Ariadna los obligó a permanecer quietos y en silencio.

-Soy Ariadna De la Rosa –empezó la muchacha, -descendiente del rey que descubrió este cetro y que fue asesinado por los antepasados de vuestro actual monarca.

>>Héctor pretendía usar de nuevo el cetro, para que todos vosotros obedecierais sus órdenes, en contra de vuestra voluntad, por supuesto. Quería robaros vuestra libertad. ¿Es esto lo que queréis para vuestro reino? ¿Son estas las vidas que deseáis tener? Yo os ofrezco algo mejor: un reino libre,

donde todos puedan decir lo que piensan y actuar por sí mismos. Y para demostraros que mis palabras son ciertas, acabaré con esto para siempre.

Ariadna alzó el cetro y a continuación lo tiró al suelo con toda la fuerza que pudo. El precioso objeto se partió en dos y los invitados recuperaron el control sobre sí mismos, al igual que Héctor y los guardias que lo sujetaban. Pero éstos no lo soltaron. Uno de los nobles, el que parecía el más importante, se acercó a Ariadna y sonrió.

-Queridos amigos, todos habéis oído lo que esta muchacha ha dicho, y creo firmemente en sus sinceras palabras. Héctor pretendía engañarnos a todos. Propongo que sea encarcelado y que la antigua dinastía vuelva a gobernar nuestro pueblo. ¿Qué me decís?

Los invitados comenzaron a aplaudir y a lanzar gritos de desprecio a Héctor. Los guardias le quitaron la corona de la cabeza y se lo llevaron a las mazmorras. El noble más importante cogió la preciosa corona y se dispuso a colocarla en la cabeza de Ariadna.

-Esperad un momento –dijo ella. -¿Qué vas a hacer con esa corona?

El noble se frenó, contrariado.

-Colocarla sobre vuestra cabeza, mi señora –respondió. –Vos seréis la nueva reina de la comarca del Moncayo.

-¿Cómo? –exclamó Ariadna. –Pero... yo no quería eso, yo... no me la merezco, no he hecho nada para tener esto.

-Por supuesto que la merecéis, nos habéis salvado de la maldad de Héctor.

Ariadna, boquiabierta, observó como le colocaban la corona en la cabeza. Llena de felicidad, se dejó felicitar por todos los nobles que la rodeaban, pero de pronto se acordó de Diego. Levantó la vista y vio al muchacho, que se disponía a marcharse, resignado a volver a la soledad del viejo caserón abandonado.

-Un momento, señores –dijo Ariadna. –Esta corona no debe ser para mí, sino para mi amigo Diego. Si no hubiera sido por él nunca hubiera descubierto lo que pretendía hacer Héctor.

Ariadna fue hasta donde estaba Diego y se quitó la corona, dispuesta a dársela a su amigo.

-Puede que tengas parte de razón –contestó Diego, con una pícaro sonrisa. –Pero yo te propongo algo mucho mejor. Quiero compartir esta corona contigo, quiero que tú... seas mi esposa.

Ariadna, maravillada, se lanzó sobre los brazos del joven.

-¡Sí quiero! –respondió, y ambos se fundieron en un precioso beso.

Desde entonces, el reino del Moncayo estuvo siempre en paz y Diego y Ariadna reinaron juntos durante largos años. Algunos cuentan que su amor era tan fuerte que ni la muerte pudo separarlos, y que yacen juntos en una misma tumba, cogidos de la mano, y con sus cuellos rodeados por un colgante con un medallón formado por dos mitades idénticas, unidas eternamente.